Año III — BUENOS AIRES, 28 DE JUNIO DE 1896 — Núm. 16

EL OPRIMIDO

Por todo lo que se refiere al periódico dirigirse á:

J. CREAGHE

Calle Progreso, 71 — LUJAN

SE PUBLICA
por suscripción voluntaria

PERIÓDICO COMUNISTA-ANÁRQUICO

La Anarquía ante los tribunales

DISCURSO DE EMILIO HENRY (1)

Señores jurados:

Vosotros conocéis los hechos por los cuales se me acusa: la explosión de la calle de Bons-Enfants, que mató á cinco personas y determinó la muerte de una sexta; la explosión del café Terminus, que mató á una persona, determinó la muerte de una segunda é hirió á cierto número de otras, y, por fin, seis tiros de revolver tirados por mí sobre los que me perseguían después del último atentado.

Los debates os habrán mostrado que reconozco ser el autor responsable de estos actos.

No es, por tanto, una defensa la que voy á presentaros. No busco en manera alguna sustraerme á las represalias de la sociedad que he atacado.

Por otra parte, yo no acato más que un solo tribunal, el de mí mismo; y el veredicto de cualquier otro me es indiferente.

Quiero simplemente daros la explicación de mis actos y deciros lo que me ha guiado al realizarlos.

Hace poco tiempo que soy anarquista. No fué sino hacia mediados del año 1891 que me lancé en el movimiento revolucionario. Antes, había vivido en ambientes enteramente imbuídos de la moral actual. Me habían acostumbrado á respetar y hasta amar los principios de patria, de familia, de autoridad y de propiedad.

Pero los educadores de la generación actual olvidan muy frecuentemente una cosa: que la vida con sus luchas y sus deberes, sus injusticias y sus iniquidades, se encarga, la indiscreta, de desvendar los ojos á los ignorantes y abrírselos á la realidad. Y esto llegó á sucederme á mí, como llega á suceder á todos.

Me habían dicho que esta vida abríase fácil y ampliamente á los inteligentes y á los enérgicos, y la experiencia me enseñó que sólo á los cínicos y á los serviles les era dable alcanzar un puesto en el banquete. Me habían asegurado que las instituciones sociales estaban basadas sobre la justicia y la igualdad, y alrededor mío sólo hallé engaños y estafas. ¡Cada día que pasaba me arrebataba una ilusión! Por todas partes donde iba era testigo de los mismos dolores en los unos, de los mismos goces en los otros.

No tardé en comprender que las grandes palabras que me habían enseñado á venerar, tales como honor, abnegación, deber, no eran más que una máscara que cubría las más vergonzosas ignominias.

El fabricante que edifica una fortuna colosal sobre el trabajo de los obreros, mientras éstos de todo carecen, es considerado como un honrado caballero. El diputado y el ministro cuyas manos están siempre abiertas á los alboroques, son consagrados al bien público. El oficial que experimenta los efectos de un nuevo modelo de fusil sobre niños de siete años, ha cumplido con su deber, y, en pleno parlamento, el presidente del consejo le dirije sus felicitaciones. Todo esto que yo ví, me sublevó, y mi espíritu entregóse á la crítica de la organización social. Esta crítica ha sido hecha bastante á menudo para que yo la repita aquí.

Bastará decir que me convertí en enemigo de una sociedad que juzgaba criminal.

***

Atraído un momento por el socialismo, no tardé en alejarme de este partido. Tenía demasiado amor á la libertad, demasiado respeto á la iniciativa individual, demasiada repugnancia á la incorporación para tomar un número en el ejército matriculado del cuarto Estado.

Por otra parte, veía que, en el fondo, el socialismo no cambia nada del orden actual. Mantenía el principio autoritario, y este principio, no obstante lo que puedan decir pretensos librepensadores, no es más que un viejo resto de la fe en una potencia superior.

Los estudios científicos me habían gradualmente



EMILIO HENRY

iniciado al juego de las fuerzas naturales. Debido á esto, era yo materialista y ateo; había comprendido que la hipótesis de Dios era descartada por la ciencia moderna, no teniendo necesidad de ella. La moral religiosa y autoritaria, basada sobre lo falso, debía, pues, desaparecer. ¿Cuál era entonces la nueva moral en harmonía con las leyes de la naturaleza que debía regenerar el viejo mundo y producir una humanidad feliz?

En esa época fué cuando tuve ocasión de relacionarme con algunos compañeros anarquistas, que hoy considero aún como los mejores que he conocido. El carácter de estos hombres me sedujo al momento. Aprecié en ellos una gran sinceridad, una franqueza absoluta, un desprecio profundo á todas las preocupaciones; y quise conocer la idea que hacía á aquellos hombres tan diferentes de todos los que hasta entonces había conocido.

Esta idea encontró en mi espíritu terreno preparado, por observaciones y reflexiones personales, para recibirla. No hizo más que precisar lo que había en mí de vago y de flotante. Llegué á ser, á mi vez, anarquista.

....

Solamente presentaré el lado revolucionario, el lado destructor y negativo, por el cual comparezco hoy ante vosotros.

En este momento de cruda lucha entre la burguesía y sus enemigos, estoy tentado de decir como Souvarine del *Germinal*: « Todos los razonamientos sobre el porvenir son criminales, porque impiden la destrucción pura y simple y retrasan ó impiden la marcha de la revolución. »

Después que una idea ha madurado, que ha encontrado su fórmula, es necesario, sin más tardar, buscar su realización. Estoy convencido que la organización actual es mala, y he querido luchar contra ella á fin de apresurar su desaparición.

He llevado á la lucha un odio profundo, avivado cada día por el irritante espectáculo de esta sociedad donde todo es bajo, todo es oscuro, todo es feo; donde todo son trabas á las expansiones de las pasiones humanas, á las tendencias generosas del corazón, al libre vuelo del pensamiento.

He querido herirla tan fuerte y tan justamente como me fuera posible.

Pasemos, pues, al primer atentado que he cometido, á la explosión de la calle Bons-Enfants.

***

Con atención seguí los acontecimientos de Carmaux. Las primeras noticias de la huelga habíanme llenado de placer: los mineros parecían dispuestos á renunciar al fin á las huelgas pacíficas é inútiles, en las que el confiado obrero espera pacientemente que sus pocos francos triunfen de los millones de las compañías. Parecía que entraban en una vía de violencia, que se afirmó resueltamente el 15 de Agosto de 1892. Las oficinas, edificios y departamentos de las minas fueron invadidos por una muchedumbre cansada de sufrir sin vengarse; y justicia hubiérase hecho en la persona del ingeniero, tan odiado de sus obreros, á no haberse interpuesto los timoratos.

¿Quiénes son esos hombres? Los mismos que hacen abortar todos los movimientos revolucionarios, porque temen que una vez lanzado el pueblo, no obedezca más á su voz; los que empujan á millares de hombres á sufrir privaciones durante meses enteros, á fin de dejar exhausta la caja de resistencia, y crearse una popularidad que les permita labrarse una posición. Me refiero á los jefes socialistas, que fueron los que se pusieron al frente del movimiento huelguista.

De momento vióse extenderse por el país una nube de charlatanes, que se ponían á la entera disposición de la huelga, organizaban suscripciones, celebraban conferencias, dirigían á todos lados peticiones en demanda de fondos. Los mineros depusieron en sus manos toda iniciativa. Lo que luego sucedió, es sabido. La huelga se eternizó, los mineros hicieron un más íntimo conocimiento con el hambre, su compañera habitual; comiéronse el pequeño fondo de reserva de su sindicato y el de las otras corporaciones que fueron en su ayuda. Al cabo de dos meses, con las orejas gachas, volvieron á la mina, más miserables que antes. ¡Y hubiera sido tan fácil, desde el principio atacar á la compañía en su parte sensible, el dinero, incendiando sus provisiones de carbón, destruyendo sus máquinas de extracción, demoliendo sus bombas de desagüe!

La compañía hubiera capitulado bien pronto. Pero los grandes pontífices del socialismo no ad-

(1) Accediendo á los ruegos de muchos compañeros y en la convicción de que todos en general lo verán con agrado, publicamos el discurso y retrato de Emilio Henry.

miten estos procedimientos, que son procedimientos anarquistas.

Con semejante proceder pudieran arriesgar la prisión y quién sabe si alguna bala de las que hicieron maravillas en Fourmiers! Además, con esto no hay á ganar ningún puesto municipal ó legislativo. En resúmen, el orden, un instante alterado, reinó de nuevo en Carmaux.

La compañía, como nunca poderosa, continuó su explotación, y los señores accionistas se felicitaron del feliz término de la huelga. Los dividendos serían aún buenos de tocar.

Entonces me decidí á mezclar en aquel concierto de felices acentos una voz que los burgueses habían ya oído, pero que creían muerta con Ravachol: ¡la voz de la dinamita!

. . . .

Quería demostrar á la burguesía que en lo sucesivo no habría para ella más goces completos, que sus insolentes triunfos serían turbados y que su becerro de oro temblaría violentamente sobre su pedestal, hasta que la sacudida definitiva lo echara abajo, entre el fango y entre la sangre.

Al mismo tiempo, quería hacer comprender á los mineros que sólo hay una categoría de hombres, los anarquistas, que sienten sinceramente sus sufrimientos y que están prontos á vengarlos. Estos hombres no se sientan en el parlamento, como Guesde y sus consortes, pero saben marchar á la guillotina.

Preparé, pues, una bomba. Por un momento la acusación que habían lanzado á Ravachol me vino á la memoria: ¿Y las víctimas inocentes?

Resolví la cuestión bien pronto. La casa donde se hallaban las oficinas de la compañía sólo estaba habitada por burgueses. No habrían, pues, víctimas inocentes.

La burguesía toda entera vive de la explotación de los desgraciados; ella toda entera debe expiar sus crímines. Fué con la certitumbre absoluta de la justicia de mi acto que puse mi bomba delante la puerta de las oficinas de la Sociedad.

Ya he explicado, durante el curso del debate, como yo esperaba, en el caso que mi bomba fuese descubierta antes de hacer explosión, que explotaría en la comisaría de policía, hiriendo de igual modo á mis enemigos. Hé aquí los móviles que hicieron cometer el primer atentado que se me reprocha.

***

. . . .

Vine á París cuando el proceso de Vaillant. Asistí á la formidable represión que siguió al atentado del palacio de Borbón. Fuí testigo de medidas draconianas tomadas por el gobierno contra los anarquistas. En todas partes se espiaba, se hacían pesquisas, se arrestaba. Persiguiéndose al azar, grandísimo número de hombres fueron arrancados de sus familias y echados en la prisión. ¿Qué sería de las mujeres y de los hijos de esos camaradas durante su encarcelación? Nadie se preocupaba de ello. El anarquista no es considerado como hombre, sino como bestia feroz que en todas partes persiguen y para la cual la prensa burguesa, esclava vil de la fuerza, pide en todos los tonos el exterminio.

Al mismo tiempo, nuestros periódicos y folletos eran secuestrados y el derecho de reunión prohibido.

Y aun más: cuando querían desembarazarse de un compañero, un espía depositaba de noche en su habitación un paquete conteniendo curtiente, decía él, y al día siguiente tenía lugar un registro en su casa, con arreglo á una orden fechada en antevíspera, y encontrando una caja de polvos sospechosos, el camarada pasaba al juzgado y era condenado á tres años de prisión.

Preguntad si esto no es verdad al miserable policía que se introdujo en casa del compañero Mérigead.

Pero todos esos procedimientos eran buenos. Herían á un enemigo del que habían tenido miedo, y los que antes temblaran querían mostrarse valientes.

Como coronamiento de esta cruzada contra los herejes, ¿no oímos declarar á Mr. Reynal, ministro del interior, en la tribuna de la Cámara, que las medidas tomadas por el gobierno habían dado un excelente resultado, produciendo el terror en el campo anarquista? Y esto aun no era bastante. Se condenó á muerte á un hombre que no había muerto á nadie; era necesario hacer el valiente hasta el fin, y en una bella mañana fué aguillotinado.

¡Pero no habíais contado con la huéspeda, señores burgueses! Habíais arrestado á centenares de individuos, habíais violado gran número de domicilios; pero había aún fuera de vuestras prisiones hombres para vosotros desconocidos, que, ocultos en la sombra, asistían á vuestra caza de anarquistas y sólo esperaban el momento propicio para, á su vez, cazar á los cazadores.

Las palabras de M. Reynal eran un reto lanzado á los anarquistas. El guante fué recogido. La bomba del café Terminus ha sido la respuesta á todas vuestras violaciones de la libertad, á vuestros arrestos, á vuestras pesquisas, á vuestras leyes sobre la prensa, á vuestras expulsiones en masa de extranjeros, á vuestros aguillotinamientos.

¿Pero por qué, diréis vosotros, ir atacar á consumidores pacíficos que están escuchando una música, y que tal vez no son magistrados ni funcionarios?

***

¿Por qué? Es muy sencillo. La burguesía ha hecho de los anarquistas un solo montón. Un hombre, Vaillant, había arrojado una bomba; las nueve décimas partes de los compañeros ni siquiera lo conocían. Esto no importaba; se les persiguió en masa. Todo el que tenía alguna relación anarquista era perseguido.

Pues bien, ya que vosotros hacíais responsable á todo un partido de los actos de un solo hombre y que nos heríais en masa, nosotros también os herimos en masa. ¿Debemos solamente atacar á los diputados que hacen las leyes contra nosotros, á los magistrados que las aplican, á los policías que nos arrestan? No lo creo yo así.

Todos estos hombres no son más que instrumentos, no obran por cuenta propia; sus funciones han sido instituídas por la burguesía para su defensa; ellos no son más culpables que los otros.

Los buenos burgueses que, sin estar revestidos de función alguna, cobran, sin embargo, los cupones de sus obligaciones, viviendo en la ociosidad con los beneficios producidos por el trabajo de los obreros, á éstos tambien debe tocarles su parte de represalias. Y no solamente á estos, sino á todos los que están satisfechos del orden actual, que aplauden los actos del gobierno y se convierten en sus cómplices; á los empleados con 300 y 500 francos al mes, que odian al pueblo más que los grandes burgueses; á esta masa estúpida y pretenciosa que está siempre al lado del más fuerte, clientela ordinaria del Terminus y de otros grandes cafés.

Hé ahí por qué he herido á la masa, sin escoger mis víctimas. Es necesario que la burguesía llegue á comprender que los que tanto han padecido están al fin cansados de sus sufrimientos; que enseñan ya los dientes y hieren tanto más brutalmente cuanto más brutales han sido con ellos. No tienen ningún respeto á la vida humana, puesto que á los mismos burgueses tampoco les inquieta esto.

No son por cierto los asesinos que provocaron la semana sangrienta y lo de Fourmiers que tienen el derecho de tratar de asesinos á los otros.

Tened al menos el valor de vuestros crímenes, señores burgueses, y convenid, en que nuestras represalias son bien legítimas.

***

. . . .

No ignoro que mis actos no serán aún bien comprendidos de las masas insuficientemente preparadas. Aun entre los obreros, por los cuales he luchado, muchos, engañados por vuestros periódicos, me creerán su enemigo; pero esto poco me importa; no me inquietan los juicios de persona alguna.

Tampoco ignoro que existen individuos que se llaman anarquistas que se apresurarán á reprobar toda solidaridad con los propagandistas por el hecho. Pretenden establecer una sútil distinción entre los teóricos y los terroristas. Demasiado cobardes para arriesgar su vida, reniegan de los que se agitan. Pero la influencia que pretenden tener en el movimiento revolucionario, es nula. Hoy día, el campo es para la acción sin debilidad y sin retroceso.

Alejandro Herzen, el revolucionario ruso, lo ha dicho: «De dos cosas, una: ó justificar y marchar adelante, ó perdonar y tropezar á mitad del camino.»

Nosotros no queremos ni perdonar ni tropezar, y marcharemos siempre adelante hasta que la revolución, fin de nuestros esfuerzos, corone nuestra obra haciendo al mundo libre.

En la guerra sin cuartel que hemos declarado á la burguesía, no pedimos piedad. Nos dáis la muerte, nosotros la sabremos sufrir.

Por lo tanto, espero con indiferencia vuestro veredicto.

Estoy seguro que mi cabeza no será la última que cortaréis; otras caerán aún, pues los hambrientos comienzan á conocer el camino de vuestros grandes cafés y de vuestros grandes restaurants: Terminus y Foyot.

Otros añadiréis aún á la sangrienta lista de nuestros muertos. Habéis ahorcado en Chicago, decapitado en Alemania, agarroteado en Jerez, fusilado en Barcelona, aguillotinado en Montbrison y en París; ¡pero lo que jamás podréis destruir, es la Anarquía!

Sus raíces son demasiado profundas. Ha nacido en el seno de una sociedad podrida que se disloca; es una reacción violenta contra el orden establecido; representa las aspiraciones igualitarias y libertícias que vienen á destruir la autoridad actual. Ella está en todas partes y por lo mismo es indestructible. Ella acabará por mataros.

Hé aquí, señores jurados, lo que tenía que deciros. Ahora oiréis á mi abogado. Vuestras leyes imponen á todo acusado un defensor; mi familia ha escogido á M. Hornbostel. Mas, sea lo que quiera lo que él pueda deciros, no invalida en nada lo que yo he manifestado. Mis declaraciones son expresión exacta de mi pensamiento; á ellas me atengo integramente.

Dediquemos un recuerdo á Santo Caserio, en ocasión del segundo aniversario de su muerte.

Acorralado por la maldad flotante, se convirtió en rebelde decidido. La brutal fuerza dominante puso su cabeza en manos del verdugo. No importa: Caserio dió ejemplo.

. . . .

Joaquín Dicenta lo ha puesto en boca de su personaje Juan José: — Cuando el animal es acorralado, muerde... Si la bestia tiene ese derecho, mejor debe tenerlo el hombre, porque vale más. —

. . . .

Un saludo á aquel joven rebelde que con valor sublime y paso firme subió las gradas de la guillotina por haberse sublevado ante la injusticia y la farsa social.

Autoridad y Anarquía

La autoridad se encarna en el gobierno, cualquiera que sea el concepto político que le sirva de fundamento, y por esto al negar la autoridad negamos naturalmente el gobierno y la política.

¿Qué es si no el gobierno? En resúmen el mejor derecho de los más sobre los menos para dar á los pueblos una regla y una legislación determinada. De hecho, la supremacía, el privilegio de un grupo de hombres, más ó menos grande, para gobernar al mundo conforme sus opiniones particulares.

¿Necesita el hombre de la supremacía de unos pocos, de estas reglas particulares, de esta superioridad ó autoridad de los más para vivir y desenvolverse conforme á sus facultades mentales?

No sólo no necesita de nada de esto, sino que, por el contrario, vive en pugna constante, en rebelión permanente contra todas las trabas gubernativas que limitan su derecho para producirse libremente. Este es un hecho de experiencia que todo el mundo puede observar.

Se supone finalmente que la autoridad es necesaria para resolver los conflictos que surjan entre las diversas personalidades, ya individuales, ya colectivas, al usar de esa libertad natural que en ellas reside de hecho en lucha constante con todo lo que tiende á limitarla.

Pero la autoridad, ¿resuelve realmente esos conflictos? En manera alguna.

La autoridad ordena un estado de derecho, pero á espalda suya queda siempre un estado de hecho que lo niega. El conflicto se resuelve en apariencia, en la superficie, pero en el fondo continúa en pie latente y poderoso.

Supongamos más; supongamos que la autoridad resuelve francamente esos conflictos, é inmediatamente veremos que sólo los resuelve esclavi-

zando, anulando á una de las partes, destruyendo la justicia, que se reduce en tales casos á la conservación de la libertad de los contendientes, al respeto del derecho de ambos para desenvolverse sin estorbarse.

La autoridad, el gobierno supone una voluntad justa, una intención recta, un propósito sabio, y todos sabemos que si estas cualidades existieran en un gobierno de hombres, no sería tal, sino un gobierno de ángeles.

Sabemos más, y es que una voluntad justa reside generalmente en el hombre fuera de toda tutela gubernamental, que una intención recta guía siempre al hombre en sus relaciones con los demás, que un propósito relativamente sabio anima á todos al ponerse en comunicación mutua, al asociarse, al contratar para un fin determinado. La autoridad existe sólo para el caso escepcional: las leyes así lo hacen creer.

Pero ni esto es verdad prácticamente, ni que lo fuera tendría más razón de ser.

El hombre nace con un derecho indiscutible á la vida, al trabajo, al cambio, al consumo, al goce en fin. Delegar en otro para que le gobierne equivale á reconocerse impotente para gobernarse, y esto es precisamente lo que hay que probar.

Sin embargo, pasémonos sin esa prueba; si el hombre es incapaz de gobernarse, es inútil buscar quien le gobierne; todos son de igual modo incapaces, ya considerados individualmente, ya en masa.

El hombre es, pues, libre y su libertad es ilegislable; él debe ser su propio gobierno. Tal es la razón de la anarquía.

El hombre se manifiesta de dos modos: en su vida particular y en la relación ó social.

En ninguno de estos dos casos necesita de la autoridad; le basta con la suya propia. Es tan cierto esto, que principalmente en su vida particular, que es casi toda su vida, no sólo se pasa sin las leyes, sino que las quebranta constantemente. Si en su vida de relación no hace lo mismo, es porque la fuerza le obliga á otra cosa, y sin embargo, ¡cuán tremenda es la lucha!

Deduciendo de estos hechos prácticos y de la naturaleza misma del sér humano las consecuencias obligadas, resulta que la sociedad puede pasarse sin gobierno.

La anarquía es la traducción griega de este concepto terminante: *sin gobierno*.

No hay, pues, que buscar fórmulas para la libertad; ella las rechaza. El hombre la posee en toda su integridad, y de ella usa como mejor le place.

Pero la libertad individual y colectiva, diréis, traspasa los límites de la vida privada y entra siempre en la vida de relación. ¡La autoridad es necesaria!

Nada de esto. La vida de relación es la misma vida individual que se exterioriza, y legislar sobre ella es legislar sobre lo que es exclusivamente privativo del individuo. Si queréis, pues, al hombre libre en lo que es particular, admitirlo libre también en lo que es de relación.

El hombre libre no necesita más que del contrato para vivir en sociedad, no de la ley: contrato del momento para un objeto dado: he ahí todo. Su libertad ha de quedar siempre á salvo, y es en nombre de esa misma libertad que puede ó no contratar. ¡Dejadle que obre como bien le parezca! Obligarle es inútil; se burlará ó se rebelará contra la imposición.

La anarquía es por otro nombre la libertad. El abuso de esta segunda palabra ha hecho adoptar la primera, más enérgica, más clara, dada la confusión de ideas producida por los síntomas políticos.

Sí, pues, la anarquía no es más que la libertad en acción ¿por qué asustaros?

¿Queréis ser libres? Pues no lo conseguiréis mientras afirméis la autoridad y el gobierno. Estas mismas palabras están pugnando con la de libertad; son antitéticas, diametralmente opuestas.

La anarquía supone el libre funcionamiento de los individuos y de las colectividades, de los pueblos y de las naciones; funcionamiento espontáneo, ajeno á toda regla, á toda ley que no resida en ellos mismos como parte integrante de la naturaleza que por ella se rige.

La relación de las funciones constituye lo que se llama vida social, y en ella la armonía resulta necesariamente de la mutua autoridad que en cada uno reside para contratar, para producir, consumir, cambiar y gozar.

El gobierno supone, por el contrario, una perturbación en esa relación de funciones, perturbación para la libertad de unos y de otros, porque impone aun aquello mismo que se desea ejecutar, y este deseo hace completamente innecesario el mandato.

REVOLUCIÓN

No trataremos de lo que la revolución es en sí, pero más bien de cómo se impulsan las revoluciones, de la misión de los revolucionarios.

Revolucionar, es cambiar, transformar, variar un estado de cosas.

Para realizarlo necesítase, en consecuencia, moverse, producirse, agitarse en el seno ó en derredor de estas propias cosas.

Y laborar activa y desinteresadamente.

Despreciando y combatiendo todo medro personal.

Detestando halagos y alabanzas que desdicen de revolucionarios.

No permitiendo jamás se sintetice la idea porque se combate en uno ó varios hombres; así se evita rebajarla al nivel de la humana imperfección.

Sin soñar siquiera en agradecimientos; sobrada recompensa es la dulce satisfacción de haber cumplido como bueno.

En los libros conócense teorías é inícianse ideas; pero es indispensable practicar para posesionarse de la certitud que ellas entrañan.

No habría buenos químicos, ni físicos, ni fisiólogos, sino dispusiesen de laboratorios y clínicas.

Los revolucionarios deben vivir en, con y para el pueblo.

Sólo así les será dable conocer sus virtudes y sus vicios, sus sufrimientos y sus dichas, su estado y el de que es capaz de gozar.

Hablar en nombre de los deseos de un pueblo sin vivir con él, es pedantería; querer variar su organización desde otro, estultez.

Revolución que no encarne en el pueblo, no es tal revolución; revolucionario que no viva en medio de él produciendo ó aprovechando cuantas oportunidades se produzcan, no es tal revolucionario.

Verdad que esto trae consigo sinsabores y padecimientos; mas favorece y desarrolla la revolución.

No basta señalar las injusticias, hay que laborar para destruirlas.

Cuantos se aprecien de revolucionarios, más que discursear y engarzar rimbombantes palabras, deben dar ejemplo con su proceder luchando bravamente contra la tiranía.

Escribiendo manifiestos, como hacía Zorrilla, desde París, ó pronunciando arengas desde la emigración se hace muy poco de provecho.

Espartaco en la propia Roma, Lutero en el seno de la cristiandad, Marat entre los *descamisados*, determinaron radicales transformaciones.

Estando en los puestos de compromiso, arrostrando los peligros, se es revolucionario.

Lo demás son platonismos.

Cuando no cosa peor.

TRIBUNA LIBRE

Apropósito de la bomba de Barcelona

De nuevo, en España, persecuciones á granel; de nuevo las cárceles llenas de anarquistas.

La bomba arrojada en Barcelona al paso de una procesión, ha puesto otra vez en movimiento á la policía de un modo tal, que no se da punto de reposo persiguiendo á aquel que es conocido ó que ha sido denunciado como individuo simpático á la idea anarquista.

La autoridad, llevada por su instinto fiero, brutal, está atentando escandalosamente contra la libertad de obreros dignos, exentos de delito alguno, violando al propio tiempo el hogar proletario, haciendo torpemente pagar así las consecuencias de un hecho llevado á cabo por un individuo, á toda una colectividad entera, colectividad que nada tiene que ver con aquél.

Pues qué: ¿acaso porque un individuo que dice ser anarquista arroja una bomba, todos los que anarquistas sean tienen que ser responsables del hecho consumado por el tal?

Desgraciadamente, hasta una gran parte del pueblo cree que así debe ser, puesto que también forja responsabilidades tan estúpidamente como lo hace la autoridad.

Se confunde siempre el ideal con los hechos aislados, hechos, por cierto, inevitables en una sociedad expoliadora y embrutecida, en la que la abundancia de unos pocos produce la escasez de los más, escasez que conduce fatalmente al hombre á la desesperación, y cuando ya no puede comprimirla, ahogarla, estalla ruidosamente, y al estallar es inevitable la catástrofe.

Los atentados de los hambrientos, de los desesperados — y para que no se crea que escondemos el bulto diremos también los de los fanáticos — es cosa añeja. Siempre, desde que la ley despótica del más fuerte pesa brutalmente sobre el más débil, los ha habido. Solamente que, en la actualidad, los adelantos de la química han puesto en manos del rebelde mejores medios de destrucción y más fáciles de conseguir, y esos atentados producen más viva emoción y levantan más polvoredapues el número de víctimas también es mayor.

Mas, lo repetimos: la Anarquía nada tiene que ver con tales hechos. La Anarquía es un ideal filosófico y científico, que, si bien es cierto que tiende á destruir, no es, no, á la humanidad, sino á las causas que ocasionan su malestar.

La Anarquía no arma la mano de su partidario con bombas ni con puñales; lo que hace es apartarle de la senda de las rancias preocupaciones y encaminarle por el camino de la verdad, siguiendo el cual se llegará sin duda á la Ciudad del Buen Acuerdo, tan hermosamente esbozada por Reclus.

Mas... ¡quién es capaz de hacerle comprender esta verdad al pueblo ignorante, para que sepa distinguir! En tanto, como el bruto, que arremete con ceguera, así la burguesía y sus sicarios arremeten aún hasta contra aquellos que, como ya hemos dicho, nada tienen que ver con ciertos actos, que no siempre tienen el mérito de simpatizar á todos.

Con pesar lo afirmo aunque esta mi afirmación no cuadre á todos: el terrorismo es una plaga que ha reportado un perjuicio inmenso para el progreso de nuestra humana causa. ¡Ojalá fuese posible exterminar dicha plaga! Mas no; á ello se opone la sociedad burguesa con todas sus injusticias. El terrorismo es el resultado de la desesperación y... — ¿por qué negarlo? — del fanatismo, y como estas son dos de las muchas enfermedades crónicas y contagiosas de que adolece el organismo social, no es posible exterminar aquella plaga mientras subsista el actual régimen, que la alimenta.

Pero — ¡por Balcebú! — que no se confunda el ideal, eminentemente humano, con hechos á veces repulsivos. Lo repetiremos para que se nos comprenda mejor: téngase en cuenta que el terrorismo es fruto de las calamidades sociales, y no de la sana y robustecedora idea anárquica. ¿Se quiere acabar con él? ¡Enhorabuena! Pues acabemos de una vez con la desigualdad de clases y también con el embrutecimiento, y así no pertubará el cerebro del hombre la desesperación, consecuencia de las iniquidades que hoy sufrimos, ni el fanatismo, resultado de la ignorancia unas veces y de los atropellos en otras.

J. E.

Por falta de espacio hemos tenido que retirar algunos originales, que serán publicados en el próximo número.

La huelga de los maquinistas Y FOGUISTAS del Ferrocarril Central Argentino

Los maquinistas y foguistas del Ferrocarril Central Argentino han dado un ejemplo á todos los trabajadores de solidaridad y desinteresado compañerismo, dando al mismo tiempo una lección á sus explotadores y á la autoridad brutal, la que durante tantos largos años ha persistido en seguir un sistema de rutina estúpido, injusto y bárbaro.

En veinte y cinco años que conocemos nosotros este país ¡cuántas veces nos hemos indignado y asombrado al ver repetir el mismo ultraje á la dignidad y libertad personal, y podemos decir á todo lo que se llama sentido común, prendiendo al maquinista de un tren que había chocado con otro, ó que había muerto á alguna persona en la vía! Sólo en nombre de la autoridad y la ley podrían llegar los hombres á tal sublimidad del idiotismo, tratando al conductor de un tren como si lo fuese de un carro tirado por bueyes, que á su voluntad lo puede desviar del camino, ¡como si ignorasen los legisladores que un tren camina sobre rieles y que no es posible contener de repente su rápida velocidad!

Y decimos que sólo en nombre de la ley y la autoridad es posible semejante barbarismo, porque ¿quién es el individuo que asumiría la responsabilidad y que se pondría en el ridículo haciendo las cosas de este modo? Ninguno: como ninguno se halla tan cruel y desnaturalizado para asumir la responsabilidad de los enormes crímenes que se cometen todos los días en nombre de alguna abstracción — la ley, la autoridad, la religión.

Pero no hay que creer que estas barbaridades se hacen por pura rutina; y aquí viene el desmentido de todo lo que han dicho *La Nación* y otros diarios burgueses acerca el asunto. Dicen á los maquinistas: — ¿Pero qué tiene que ver la Compañía del ferrocarril en una cosa que depende solamente de la autoridad judicial? — Mucho tiene que ver; si no fuese así se habrían activado las dili-

gencias muchos años antes, para poner fin á un estado de cosas que para las Compañías no sería nada más que un perjuicio, haciéndoles perder el servicio de sus maquinistas. Pero para las Compañías ha sido y es siempre una gran ventaja cuando sucede una desgracia, que la autoridad en vez de buscar á los verdaderos causantes ó culpables (que en noventa por ciento de los casos es la Compañía misma), se dirije contra el pobre maquinista y cuando él sale en libertad después de unos meses de la mas injusta encarcelación, se olvida el público de preguntar: -- ¿Quién es el culpable? — y si hay alguno entre la gente oficial ó judicial que quiera incomodar, con un puñado de plata se le tapa la boca.

Algo de esto ya entienden los maquinistas; saben ya algo de la verdad de que el enemigo es la burguesía, y que por consiguiente un golpe asestado contra ella en cualquier parte de sus miembros, tiene sus efectos en todo. Empiezan á comprender que los trabajadores, para reivindicar su libertad perdida, tienen que apelar á la fuerza, y que no hay ultraje por bárbaro que sea que no cometa la gente que está en el poder en tanto la clase explotada no opone resistencia. Como dice muy bien Kropotkine, «si el rico insolente no se comporta hoy día como el del siglo pasado, bofeteando á los obreros en pleno día y en la calle, es porque sabe que el obrero ha llegado al conocimiento de su dignidad y que no permite que se le trate así.»

Desgraciadamente hay muchos argentinos que sufren poco menos que eso. Y sino, que nos conteste *La Nación*: ¿cómo ha sido posible que buenos y pacíficos vecinos de la provincia de Entre Ríos fuesen sacados de sus casas y sin razón y contra toda justicia obligados á servir á la escuadra? Y que nos diga si no siguen sufriendo la misma esclavitud no obstante las reclamaciones del mismo diario.

Nosotros estamos muy seguros de que el día que los vecinos de Entre Ríos hagan resistencia armada contra la injusticia, aquel día ésta concluirá para siempre, y en tanto no resuelvan hacerlo así, continuarán los atropellos en nombre de la ley y de la autoridad.

Lo mismo sucede siempre. El pueblo reconquista una parte de su libertad perdida y la autoridad entonces la reconoce por una ley escrita, pero la conquista viene antes que todo.

En conclusión, una palabra á los maquinistas y foguistas: Vosotros hicisteis muy mal en prestar oídos á vuestros enemigos y dar por terminada la huelga antes de conseguir la libertad del compañero Lawes, y podéis estar seguros de haber hecho mal, cuando vuestros enemigos por medio de sus diarios — como *La Nación* — aplaudieron vuestra actitud; y cuando dicho diario dijo que el mismo resultado se habría conseguido sin la huelga, podeis decirle que miente á sabiendas; porque él sabe como vosotros sabeis que hasta ahora no han hecho caso ninguno á vuestras reclamaciones las autoridades, en tantas veces que han sucedido casos iguales.

Movimiento Social

INTERNACIONAL

República Argentina

Conforme anunciábamos, la reunión para tratar de poner aquí en práctica la huelga general tuvo lugar el domingo 7 de Junio en el jardín del Pasatiempo

No vamos á ocupar espacio describiéndola porque lo que allí pasó de todos es sabido. Lo que sí haremos constar es que nos disgustaron en extremo los sucesos que allí tuvieron lugar, sucesos que, — y eso una parte de la prensa burguesa no lo ha negado — fueron provocados por la policía, indudablemente para disolver ruidosamente la reunión, logrando así que los reunidos no pudiesen tomar un acuerdo definitivo.

Doblemente nos disgustaron aquellos acontecimientos, cuando el asunto de que se trataba era de suma importancia y la concurrencia que había acudido á la reunión era numerosísima.

Nosotros creemos que las sociedades que la convocaron no deben desmayar á pesar de lo ocurrido; antes al contrario, deben seguir con sus propósitos, pero tomando las medidas necesarias para que se pueda llegar á un acuerdo definitivo sin necesidad de barullo de NINGUNA CLASE.

Si así lo hacen, conste que aplaudiremos la conducta de tales sociedades.

***

En Rosario de Santa Fe el sábado 30 de Mayo se celebró una interesantísima velada en el elegante y espacioso salón del Kaiser Halle, que llenó por completo la concurrencia, ávida de pasar una noche provechosa.

El compañero Blanco abrió la velada, haciendo resaltar el objeto y la importancia de esta clase de actos. A continuación, el Dr. Arana, con admirable corrección y fácil palabra, abarcó en su extenso discurso todo el complicado mecanismo social, desmenuzando con gran acierto hasta sus últimas trincheras al Capital, á la Autoridad y á la Religión. La niña del citado compañero Dr. Arana, recitó una hermosa poesía titulada *El mutilado*, la que tuvo que repetir á instancias de la numerosa concurrencia. Hicieron luego uso de la palabra los compañeros Plá y Vila, dando fin á la velada el amigo Blanco, en medio del mayor entusiasmo.

Actos por el estilo, y no bochinches, es lo que hace falta en Buenos Aires.

***

En la misma localidad de Rosario de Santa Fe se ha fundado un Grupo bajo el nombre de «Ciencia y Progreso». Empezará sus trabajos de propaganda con la publicación del discurso que hizo el Dr. Arana en la velada que más arriba hemos reseñado.

Los individuos que forman ese Grupo son los mismos que publicaban el periódico *La Verdad*, los cuales ponen en conocimiento de todos que dejan de publicarlo para atender á la propaganda por medio de conferencias y la publicación de folletos, y para ayudar al mismo tiempo á las demás publicaciones.

El Grupo avisa también á los demás constituídos en América, Europa y Africa, y á los periódicos que tenían establecido el cambio con *La Verdad*, que si quieren estar en relacion con él pueden dirigirse á Benito Alvarez, calle 3 de Febrero, número 363, Rosario de Santa Fe, esperando que le serán enviados ejemplares de todas las publicaciones que aquellos Grupos y periódicos den á luz.

***

Los compañeros que publican *La Revolución Social* han iniciado una suscripción á favor de los presos en España á raíz de la bomba que estalló en Barcelona.

Los compañeros que quisieran contribuir á tan digna obra de solidaridad, pueden enviar sus donativos á *La Revolución Social* á nombre de M. Reguera, casilla de correo núm. 15, Buenos Aires, ó bien á cualquier otro periódico anarquista en curso de publicación.

España

La bomba que, como no deben ignorar nuestros lectores fué arrojada en Barcelona en el acto de celebrarse una procesión, ha sido causa de que se desarrollara nuevamente una reacción tremenda por España entera, reacción que, aunque algunos así no opinen, traerá consigo graves perjuicios á nuestra causa.

El número de los compañeros detenidos es enorme. Muchos de ellos han sido trasladados á un buque de guerra, habiendo mandado el gobierno la escuadra á Barcelona y levantado las *garantías* constitucionales.

También Cánovas ha puesto en manos del Parlamento un nuevo proyecto de ley de represión, por medio de la cual será prohibida toda propaganda en sentido anarquista.

El Parlamento en masa parece ser favorable al tal proyecto.

En el próximo número podremos dar más detalles, pues habrán llegado ya periódicos de España que darán noticias más exactas.

Portugal

Los compañeros de la «Bibliotheca libertaria» de Porto, habiendo terminado ya la publicación del libro de Kropotkin, *La conquista del pan*, que lo publicaron por cuadernos, han resuelto imprimir, en idioma portugués, el muy importante libro del psicólogo A. Hamon, titulado *La psicología del militar profesional*.

Esta obra será publicada también por cuadernos de 32 páginas, repartiéndose uno quincenalmente al reducido precio de 40 reis. Los que desean adquirirla pueden dirigirse á la «Bibliotheca libertaria», Rua da Pena Ventosa, 5, 2.º — Porto (Portugal.)

Italia

Como temíamos, las autoridades de Túnez accedieron á la demanda de extradición del gobierno italiano contra el compañero Palla y los otros cuatro que se fugaron de la isla Favignana, en la que estaban deportados.

Los detenidos fueron trasladados á Palermo, pasando en el acto á la carcel.

Al conocer la llegada, se reunieron los anarquistas de la ciudad en grupos numerosos, encabezados por los hermanos Drago, y fueron á cantar delante de la cárcel, para saludar á Palla y los otros amigos.

La policía quiso dispersarlos, pero ellos opusieron resistencia, habiendo sido arrestados los hermanos Drago y veinte compañeros más.

Suscripción voluntaria

á favor de la familia del compañero Juan Ragazzini que se halla detenido en la Penitenciaria.

Refratario 0.50, Resto di una bevuta 0.50, Un ateo 2, Un burgues tipógrafo 3.20, Un descalzo 1, Emilio 1, Sobrante de una convidada 1.20, Un rebelde 0.20.

Total $ 9.60.

Continua abierta la suscrición.

Suscripción voluntaria

á favor de EL OPRIMIDO

De Buenos Aires — Un sastre explotado 0.20 Contra la tiranía 0.20, Un comunista 1, Luis Costa 0.50, Quanto prima 0.50, G. Ch 0.50, Un anti-burgués 0.25, G. M. 0.50, Juan Pelli 0.50, Refratario 0.15, E. M. 0.50, Recolectado en la reunión del Pasatiempo 4.35, Cualquier cosa 0.50, Un anarquista 0.20, Un doctor en estuco 2, Aldo 0.25, Adriani 0.10, Un descalzo 0.20, Hontofilo 0.50, Depretis 0.20, Un Sombrerero 0.20, Un avventuriero 0.50, 2º Ravachol 0.10, Un voluntario 0.20, El disponible 0.15, Cualquiera 0.20, Un aprendiz 0.10, El cobrador 0.10, Bartolo 0.10, Francisco Bassano 0.50, Emilio Barros 1, Un aprendiz 0.40, Un anti-burgués 0.40, Un sombrerero 0.20, Ramon Gonzalez 0.20, José Bugallo 0.50, J. Carbajales 0.50, Marcelino Bugallo 0.20, Fumo sin estampilla 0.40, San Pedro 0.25, Un admirador de Caserio 0.20, Un gittarré del catalunga 0.30, El Diablo 0.20 Urlanes 0. 0, Un Dramatico 0.30, veterinario 0.25, Un paraaguas 0.20, Crapo 0.20, Stoltum estreputabant 0.20 Un triste aficionado 0.20, Un patriota sin dinero 0.20, Un Doctor en fierro 0.20, Mata Frailes 0.20, El talabartero Galdin 0.20, De los Olivos 0.20, Viva Menelic 0.20, Canapra 0.20, Muera la Policia 0.20, Cococo 0.20 J. M. Bugallo, 0.20.

Grupo los ácratas — Cualquier cosa 0.50, Abajo la patria 0.50, Viejito 0.25, Luisa Bona 0.50, Uno que le importa un pito del mundo y sus habitantes 0.50, Faltan folletos de Ethievan 0.50, Un cigarrero dinamitero 0.10, Un triste 0.50, El juez de paz 0.16, Caserio 0.20 Ni Dios ni patrones 0.50, Destrucción 0.50, N. M. B. 0.50, Sobrante de un café 0.40, Uno que no le pagó el alquiler al cafre 0.50, Un alcahuete 1.30, Un codido 1, ¡Lo que quieras 1. — Total $ 9.41.

Por conducto de «La Voz de la Mujer». — De Barracas 0.85, Un gallego que venga pronto la Anarquia 0.50, Otro gallego 0.20, Un rengo 0.25, Testa 0.30, Un pajaro anarquista 0,20 Total $ 2.30.

Por conducto de la «Revolución Social» Grupo «La Luz» — R. M. 0.25, L. B. 0.25, Sin nombre 0.10, Un Madrileño 0.25, Un vigilante de la 28 0.25, Un cañón 0.25, Uno solo 0.15, Un rengo 0.25, M. D. 0.40. Total $ 2.15.

De Rosario — C. 0.20, Por conducto de Carlos Tognetti 1.65.

De Mendoza — Por conducto de *La Questione Sociale*. P. Sfondrini y otros compañeros 1.30.

San Juan — E. Buitoni 0.25.

Barracas al Sud — L. Rivero 0.50.

De Grümbein — C. Franz 1, Un colorado 1, Le das el nombre que quieras 0.50, Uno que promete 1.

De San Nicolás — Grupo «El Puñal». R. Perez 1, Fernando Fontana 0.35, Una compañera 0.20, Martin Novion 1, Luis Flores 1, Peroas Francisco 0.50, Antonio Cattaneo 0.50, Un envenenado 0.20, Aplana 1, Uno del puñal 0.15, Viva el puñal 0.10. Total $ 6. De cuya cantidad 2 pesos para los folletos de propaganda entre mujeres, 1 peso para *L' Avvenire* y 3 pesos para *El Oprimido*.

De Villa Catalina — Grupo «La Critica». Un empleado municipal los 2º que doy 0.50, Chile 0.20, J. D. 2, Sobrante de copas 0.30, Un condecorado de la gran cruz de la miseria 0.50, Uno que no paga á nadie 0.20, El que no paga los pierde 0.20, Si quieres saber lo que serás despues de muerto piensa lo que eras antes de haber tenido vida 1, El marqués de la media suela 0.70. Total $ 5.60.

De Campana — Por conducto de *La Revolución Social* 2.

De Lujan — C. V. 1, L. L. 1, J. B. 1, F. G. 0.20.

De la Estación Vela — Falco y Bruni 2.

De Concordia — F. F. 0.50, A. A. 1, A. G. 2, J. Z. O. 1, F. F. 0.50, A. M. S 1, J. P. 0.50, M. G. 0.50, A. F. 1, P. E. 1, E. C. 1. Total $ 10. De cuya cantidad se ha repartido 3.30 para *L' Avvenire*, 3.30 para folletos de la Biblioteca *La Questione Sociale* y 3.40 para El Oprimido.

De Tolosa — Cárlos Stabon 2, Z. G. un nuovo anarchico 1, Zucchini Pindarlo 1, S. L. Bozolo el gusto 1, G. Morte alla borghesia 1, Un desesperado 0.50, In feliz Sutenbla 0.30, Silvio Nor-Americano 0.50, Antonio Breone Pasatore 0.50, Uno briaco 0.20, Arturo Caneva 1, Un ingles 1, J. G. 0.50. Total $ 10.50.

Total General	$	70.46
Coste del presente número	pesos	59.00
Gastos de expedición y correspondencia	»	8.50
Total de gastos	»	67.50

Deficit anterior, pesos 204.58 — Déficit actual, pesos 201.54

Biblioteca de "La Questione Sociale,,

FOLLETOS PUBLICADOS: 1 *A las hijas del pueblo* (agotado) — 2 *A las muchachas que estudian* -- 3 *La Religion y la Cuestion Social* — 4 *A las proletarias* — 5 *Un episodio de amor en la colonia socialista Cecilia.*

El precio de dichos folletos es voluntario y los pedidos deben dirigirse á la Administración de *La Questione Sociale*, Calle Corrientes 2039, Buenos Aires.

Debiendo pagar los gastos que ha originado la publicación del folleto

Un episodio de amor

EN LA COLONIA CECILIA

y con el objeto de poner mano á otra no menos importante publicación, rogamos á los compañeros remetan á la mayor brevedad posible lo que tengan recolectado. — *La Questione Sociale.*